

Leyendas de Los Andes

De cómo repartió el Diablo los males por el mundo

69

Voy a contarles, y no lo olviden, porque es cosa que un cristiano debe tener bien presente, esta historia que nosotros no olvidaremos jamás y que diremos a nuestros hijos con el encargo de que la repitan a los suyos, y así continúe trasmitiéndose, y nunca se pierda.

Esto ocurrió en un tiempo en que el Diablo salió para vender males por la tierra. El hombre ya había pecado y estaba condenado, pero no había variedad de males. Entonces el Diablo, con su costal al hombro, iba por todos los caminos de la tierra vendiendo los males que llevaba empaquetados en su costal, pues los había hecho polvo. Había polvos de todos los colores que eran los males: ahí estaban la miseria y la enfermedad, la avaricia y el odio, y la opulencia que también es mal y la ambición, que es un mal también cuando no es la debida, y he aquí que no había mal que faltara... Y entre esos paquetes había uno chiquito y con polvito blanco, que era el desaliento...

Y así es que la gente iba para comprarle y todita compraba enfermedad, miseria, avaricia y los que pensaban más compraban opulencia y también ambición... Y todo era para hacerse mal entre los mismos cristianos.

El Diablo les vendía cobrándoles buen precio, pero a aquel paquetito con polvito blanco lo miraban, mas nadie le hacía caso...

“¿Qué es, pues, eso?”, preguntaban por mera curiosidad. Y el Diablo se enojaba, pues la gente le parecía demasiado cerrada de ideas. Y cuando de casualidad o por mero capricho alguno lo quería comprar, preguntaba: “¿Cuánto?”, y el Diablo respondía: “Tanto”. Y era pues un precio muy caro, más precio que el de toditos los paquetes, y he aquí que la gente se reía diciendo que por ese paquetito tan chico y que no era tan gran mal no estaba bien que cobrara tanto, insultando también al Diablo diciéndole que era muy Diablo por quererlos engañar así... Y el Diablo tenía cólera y también se reía viendo como no pensaba la gente...

Y es así que vendió todos los males, pero nadie le quiso comprar aquel paquetito, porque

era chiquitito y el desaliento no era gran mal. Y el Diablo decía: “Con éste, todos; sin éste, ni uno”. Y la gente más se reía, pensando que el Diablo se había vuelto zonzo. Y he aquí que sólo quedó aquel paquetito, por el que no daban ni un cobre... Entonces el Diablo, con más cólera todavía y riéndose con la misma de un Diablo, dijo: “Esta es la mía”, y echó al viento aquel polvo para que se fuera por todo el mundo.

Desde entonces, todos los males fueron peores, por ese mal que voló por los aires y enfermó a todos los hombres. Sólo, pues, hay que reparar, nada más, para darse cuenta... Si es afortunado y poderoso, pero cae desalentado por la vida, nada le vale y el vicio lo empuña... Si es humilde y pobre, entonces el desaliento lo pierde más rápido todavía... Así fue como el Diablo hizo mal a toda la tierra, pues sin el desaliento ningún mal podría pescar a un hombre...

Es así como está en el mundo, donde algunos más, donde otros menos; siempre nos llega y nadie puede ser bueno de verdad, pues no puede resistir, como es debido, la lucha fuerte del alma y el cuerpo que es la vida...

Niños del mundo: que el desaliento no empu-
ñe nunca vuestro corazón.

El puma de sombra

Fue que nuestro padre Adán estaba en el Paraíso, llevando, como es sabido, la regalada vida. Toda fruta había: ya sea mangos, chirimoyas, naranjas, paltas o guayabas y cuanta fruta se ve por el mundo. Toda laya de animales también había y todos se llevaban bien entre ellos y también con nuestro padre. Y así que él no necesitaba más que estirar la mano para tener lo que quería. Pero la condición de todo cristiano es descontentarse. Y ahí está que nuestro padre Adán le reclamó al Señor. No es cierto que le pidiera mujer primero. Primero le pidió que quitara la noche. “Señor —le dijo—, quita la sombra: no hagas noche; que todo sea solamente día”. Y el Señor le dijo: “¿Para qué?”. Y nuestro padre le dijo: “Porque tengo miedo. No veo ni puedo caminar y tengo miedo”. Y entonces le contestó el Señor: “La noche para dormir se ha hecho”. Y nuestro padre Adán dijo: “Si estoy quieto, me parece que un animal me atacará aprovechando la oscuridad”. “¡Ah! —dijo el Señor— eso me hace ver que tienes malos pensamientos. Ni un animal se ha hecho para que

ataque a otro”. “Así es, Señor, pero tengo miedo en la sombra: haz sólo día, que todito brille con la luz”, le rogó nuestro padre. Y entonces contestó el Señor: “Lo hecho está hecho, porque el Señor no deshace lo que ya hizo”. Y después le dijo a nuestro padre: “Mira”, señalando para un lado. Y nuestro padre vio un puma grandenque, más grande que toditos, que se puso a venirse bramando con una voz muy fea. Y parecía que quería comerse a nuestro padre. Abría la bocota al tiempo que caminaba. Y nuestro padre estaba asustado viendo cómo venía contra él el puma. Y en eso ya llegaba y ya lo pescaba, pero lo ve que se va deshaciendo, que pasa por encima sin dañarlo nada y después se pierde en el aire. Era, pues, un puma de sombra. Y el Señor le dijo: “Ya ves, era pura sombra. Así es la noche. No tengas miedo. El miedo hace cosas de sombra”. Y se fue sin hacerle caso a nuestro padre. Pero como nuestro padre también no sabía hacer caso, aunque indebidamente, siguió asustándose por la noche, y después le pegó su maña a los animales. Y es así como se ven diablos, duendes y ánimas en pena y también pumas y zorros y toda laya de fealdades

entre la noche. Y las más de las veces son meramente sombra, como el puma que le enseñó a nuestro padre el Señor. Pero no acaba todavía la historia. Fue que nuestro padre Adán, por no saber hacer caso, siempre tenía miedo, como ya les he dicho, y le pidió compañía al Señor. Pero entonces le dijo, para que se la diera: “Señor, a toditos le diste compañera, menos a mí”. Y el Señor, como era cierto que toditos tenían, menos él, tuvo que darle. Y así fue como la mujer lo perdió, porque vino con el miedo y la noche...

Y llegó el tiempo en que el ganado del Simón Robles aumentó y necesitaba mayor número de cuidadores, y también llegó el tiempo en que la Antuca debió hacerse cargo del rebaño, pues ya había crecido lo suficiente, aunque no tanto como para pasarse sin más ayuda que la Vicenta. Entonces, el Simón Robles dijo:

—De la parición que viene, separaremos otros dos perros para nosotros.

Y ellos fueron Güeso y Pellejo. El mismo Simón les puso nombre, pues amaba, además de tocar la flauta y la caja, poner nombres y contar historias. Designaba a sus animales y a las gentes de la vecindad con los más curiosos apelativos. A una china le puso “Pastora sin manada”, y a un cholo de ronca voz “Trueno en ayunas”; a un caballo flaco, “Cortaviento”, y a una gallina estéril, “Poneaire”. Por darse el gusto de nombrarlos, se las echaba de moralista y forzado, ensillaba con frecuencia a Cortaviento y se oponía a que su mujer matara la gallina. Al bautizar a los perros, dijo en el ruedo de la merienda:

—Que se llamen así, pues hay una historia, y ésta es que una viejita tenía dos perros: el uno se llamaba Güeso y el otro Pellejo. Y fue que un día la vieja salió de su casa con los perros, y entonces llegó un ladrón y se metió debajo de la cama. Volvió la señora por la noche y se dispuso a acostarse. El ladrón estaba calladito, esperando que ella se durmiera para ahogarla en silencio, sin que lo sintieran los perros y pescar las llaves de un cajón con plata. Y he allí que la vieja, al agacharse para coger la bacinica, le vio las patas al ladrón. Y como toda vieja es sabida, ésa también lo era. Y entonces se puso a lamentarse, como quien no quiere la cosa: “Ya estoy muy vieja; ¡ay, ya estoy muy vieja y muy flaca; güeso y pellejo no más estoy!”. Y repetía cada vez más fuerte, como admirada: “¡Güeso y pellejo!, ¡güeso y pellejo!”. Y en eso, pues, oyeron los perros y vinieron corriendo. Ella les hizo una señita y los perros se fueron contra el ladrón, haciéndolo leña...

He aquí que por eso es bueno que estos perritos se llamen también Güeso y Pellejo.

La historia fue celebrada y los nombres, desde luego, aceptados. Pero la vivaz Antuca hubo de apuntar:

—¿Pero cómo para que adivine la vieja lo que iba a pasar y les ponga así?

El Simón Robles replicó:

—Se los puso y después dio la casualidad que valieran esos nombres... Así es en todo.

Y el Timoteo, arriesgando evidentemente el respeto lleno de mesura debido al padre, argumentó:

—Lo que es yo, digo que la vieja era muy de otra laya, porque no trancaba su puerta. Si no, no hubieran podido entrar los perros cuando llamaba. Y si es que los perros estaban dentro y no vieron entrar al ladrón, eran unos perros por demás zonzos...

El encanto de la historia había quedado roto. Hasta en torno del fogón, donde la simplicidad es tan natural como masticar el trigo, la lógica se entromete para enrevesar y desencantar al hombre. Pero el Simón Robles respondió como lo hubiera hecho cualquier relatista de más cancha:

—Cuento es cuento.

La oveja falsa

81

Y era pues un tiempo de mucha hambre para los zorros... y había uno que no aguantaba. Tenía hambre, es cierto, y he ahí que todos los rediles estaban muy altos y con muchos perros. Y entonces el zorro dijo: “Aquí no es cosa de ser zonzó: hay que ser vivo”. Y se fue donde un molino, y aprovechando que el molinero estaba por un lado, se revolcó en la harina hasta quedar blanco. Y en la noche se fue por el lado de un redil: “Mee, mee”, balaba como oveja. Y salió la pastora y vio un bulto blanco en la noche y dijo: “Se ha quedado afuera una ovejita”, y abrió la puerta y metió al zorro. Los perros ladraban y el zorro se dijo: “Esperaré que se duerman, lo mismo que las ovejas. Después buscaré al corderito más gordo y guac, de un mordisco lo mataré y luego lo comeré. Madrugando, apenas abran la puerta echaré a correr y quién me alcanza”. Y como se dijo así lo hizo, pero a salir no llegó. Y es que él no contaba con el aguacero. Y fue que llovió y comenzó a quitársele la harina, y una oveja que estaba a su lado

82 vio blanco el suelo y pensó: “¿Qué oveja es esa que se despinta?”. Y viendo mejor y encontrando que la desteñida era zorro, se puso a balar. Las demás también lo vieron entonces y balaron y vinieron los perros y con cuatro mordiscos lo volvieron cenizas... Y es lo que digo: siempre hay algo que no está en la cuenta de los más vivos...